

Las pantallas, sumidas en recuerdos, descubren secretos y novedades

**MARY G.
SANTA EULALIA**

Los cineastas otean el horizonte sin parar en pos de fuentes de ideas para sus rodajes y filmaciones. La actualidad de cada día, los cambios económicos, políticos y sociales constantes y las emociones que generan les proveen de material diverso que cada cual utiliza a su albedrío, según sus inclinaciones y capacidades individuales. Aquí se ofrecen algunos ejemplos de por dónde andan las cosas en esta primavera de 2001.

Sírvanse dos películas australianas

Australia pugna por abrir un cauce para que sus films atraviesen cuantos paralelos y meridianos sea menester a fin de circular por la red de distribución global, diríamos en estos momentos. Lo persigue con brío y constancia, aparte de esfuerzo, como evidencia que se prodiguen tan poco películas

CINE

con su denominación de origen en nuestros cines.

Aprovecho la circunstancia de que han cambiado las tornas, y dos de ellas están disponibles aquí y ahora, para darles la bienvenida y recordar los años "70", del siglo XX, en que se hizo notar su presión por invadir este hemisferio, antípoda de aquellas tierras.

Fue cuando el director Peter Weir marcó, lo que se diría, el primer gol, con su intrigante, desconcertante, *Picnick in Hanging Rock* (1975), al que siguieron los de *Gallipoli* (1981) y de *El año que vivimos peligrosamente* (1982), por ejemplo. Australia nos ha servido en bandeja, además, al multiacclamado actor Mel Gibson quien, aunque nacido en Estados Unidos, vivió muchos años y se formó en la patria de los canguros, plataforma desde la que fue catapultado a la fama universal por el estrépito de *Mad Max-salvajes de la autopista* (1987) y sus inmediatas secuelas.

Con intermitencias (en 1993, deslumbraría en Cannes el fascinante *El Piano*, de Jane Campion), el cine australiano continuaría su perseverante campaña de acoso para integrarse en la corriente internacional, como el europeo, el americano, el africano y el asiático.

En la actualidad, coinciden en las carteleras madrileñas dos películas, ya aludidas, muy distintas y, sin embargo, ambas dignas de mención por sus peculiaridades. Una es creación del novel Gregor Jordan. Se titula *Two Hands* (*Dos manos*, literalmente). Le corresponde la rara filiación de plácida comedia-terrorífico-criminal. Ustedes perdonen. Como elaborada en la mente de un joven asaz osado, no le condenemos antes de escucharle. Confiesa una

precoz devoción por los tres géneros antes mencionados, los más incompatibles del Séptimo Arte, y ha consagrado tres años de trabajo disciplinado a fundirlos en una cinta, dosificándolos con mesura para que las incógnitas y los sobresaltos, resultantes de cada factor, diviertan, rompan esquemas, aviven la atención y que el final de este pastel agrídulce deje sabor a pura miel.

La otra importación del mismo lugar consiste en el homenaje a la transmisión de un hecho extraordinario para la colectividad televidente: el primer paso dado por el hombre sobre la Luna. Homenaje con una pizca de pimienta. El 20 de julio de 1969, el astronauta estadounidense, comandante Neil Alden Armstrong, posaba sus pies en el satélite de nuestro planeta, ante la mirada estupefacta, maravillada o incrédula de millones de seres humanos. El acontecimiento tuvo resonancias inconmensurables, como el portento del siglo, no obstante, nada trascendió de la crónica pequeña, el envés del gran suceso. Ese olvido lo repara *La luna en directo (Dish*, equivalente a paellera, en castizo hispano), en tono informal, risueño, ligero, para todos los públicos, entendidos o no en cálculo infinitesimal o ingeniería aeronáutica. Los aficionados a curiosear en los archivos, hicieron el hallazgo de una anécdota reservada que

lanzarla a los cuatro vientos a estas alturas, no hará perder el respeto a la alta tecnología ni a los cerebros que calcularon el desplazamiento de la cápsula famosa.

Este es el asunto. El director Rob Sitch, sobre un guión escrito, ya digo, con mucha amenidad, revela que la NASA, que contaba con su receptor de imágenes principal en

Goldstone (California), recurrió, como soporte, a la mayor antena parabólica del hemisferio sur, un telescopio de 1.000 toneladas con las dimensiones de un verdadero campo de fútbol, enclavado en un distrito rural rodeado por pastos y ovejas del pueblo de Parkes (New South Wales). El programa de navegación del Apolo XI fue modificado sobre la marcha, quedando el telescopio californiano incapacitado para seguirlo, de modo que hubo de ceder su protagonismo como emisor al de Australia. Gracias a Parkes, derrochando nervios y preocupación sus responsables y poniendo en juego más instinto y sentido común que coordenadas, ejes o planos, se controló la misión a satisfacción de propios y extraños. Con gran orgullo para la ciudadanía local, que vivió unas jornadas inolvidables; para su ambicioso alcalde, autoridades en general, el propio Primer Ministro del país, el embajador de Estados Unidos y demás encumbradas personalidades. Así pues, las fantásticas imágenes del alunizaje histórico se divulgaron *urbi et orbi*, casi más por inspiración que por matemáticas, desde un diminuto núcleo urbano del mapa australiano del que nadie nunca había oído hablar.

España, en serio

Entre los más apreciables filmes españoles de esta

CINE

temporada, merecen la mayor atención varios interesados por cuestiones harto graves y serias, muy serias. No incitan a la violencia, más bien lo contrario. Hacen referencia a la guerra civil del 36, a otras luchas semejantes de aquel entonces y a otra, de nuestros días. Sobre la guerra española versa: *Extranjeros de sí mismos*, de carácter documental, especialidad en la que han madurado como expertos José Luis López Linares y Javier Rioyo. Han recogido un material de primera mano: opiniones espontáneas, análisis, resumen de vivencias y sentimientos personales de gentes voluntarias que participaron en tres frentes de batalla contrarios: italianos, en el bando nacional; jóvenes de diferentes procedencias en las Brigadas Internacionales, en las trincheras republicanas, y, posteriormente, españoles, en la División Azul. La cualidad más especial de este film radica en la autenticidad de los testimonios, respetada en todo momento por los cineastas, que declaran no tener interés en el partidismo o los idearios políticos de sus entrevistados. No hay más profesional intérprete que Emma Suárez, comentarista, como voz en off.

El silencio roto (2001) marca otro aspecto de la misma confrontación civil en España, aunque atañe a su terminación. Cala en el ánimo como una realización melancólica, descrita en el estilo poético de

Montxo Armendáriz, y basada en las actividades de los “maquis”, restos del ejército republicano o simpatizantes, que se refugiaron en los montes sin querer dar por perdida la guerra, subsistiendo míseramente con el apoyo, no de silencio, de vecinos o familiares de los pueblos próximos.

Los pesares de las víctimas

Del filón trágico de nuestras remotas disputas e incompatibilidades raciales, también podemos agregar algo lamentablemente de actualidad: ETA. Banda a la que se observa en su faceta de elemento destructor, desde dentro, en *El viaje de Arián*, de Eduard Bosch (2000). Narra la trayectoria de una joven que se extravía en la paranoia del crimen por el crimen, confundida por amor. Ese mismo tema y punto de vista está tratado como documental, crudo y frío, en *Asesinato en febrero*, de Eterio Ortega Santillana (2000), en cuyo metraje se presenta, segundo a segundo, la vigilancia continua de los movimientos, el estudio de la planificación y la ejecución de los asesinatos de Fernando Buesa y su escolta, Jorge Díez Elorza, en febrero de 2000, en el País Vasco, por la espalda. No se filma a actores, sino a los interrogantes, desmoralizados, apesadumbrados parientes más cercanos de las dos víctimas: abuelos, padres, esposa e hijos.

En *La voz de su amo*, Emilio Martínez Lázaro fragua un romance amoroso sobre el caos de indignidades, terrorismo y corrupción, en un Bilbao de 1980, de siniestra memoria.

Mujeres en tropel o una a una

Las mujeres tienen puestos en abundancia en esa rama inagotable, pero algo

monótona, de las comedias llamadas románticas que, hoy por hoy, proliferan, como puede ser *El diario de Bridget Jones*, dirigida por Sharon Maguire, sobresaliente por la selección del reparto y por el humor destilado de la popular novela homónima de Helen Fielding. Pero no se halla, en el fondo, novedad alguna. El argumento gira en torno a una chica soltera más, que está escogiendo un marido entre sus pretendientes. Después de una vida de intercambios amorosos sin ataduras, piensa en una combinación más duradera. *Maybe, Baby*, del británico Ben Elton, echa a andar por la senda de las dificultades de engendrar un hijo y la ansiedad por tenerlo, problema aparentemente que no se registra en los pueblos menos avanzados de la Tierra. Atiende también a la complejidad de conjugar vida laboral con vida conyugal. *Cuando Brendan conoció a Trudy*, del irlandés, escritor y guionista Roddy Doyle, de quien son también *Café irlandés* y *La Camioneta*, entre otras cuestiones, tiene aspectos extraños en la trama y de dudosa credibilidad en cuanto a la afinidad de dos personas tan diferentes como Flora Montgomery y Peter MacDonald, pero, para un cinéfilo hay muchos guiños que agradecer, fotogramas clásicos memorables de viejas y entrañables películas, como la imitación a la pareja de Jean Seberg/Jean-Paul Belmondo, protagonistas de *A Bout de Soufle*, de Jean Claude

Goddard. Aunque no es recién estrenada, puede estar todavía algún tiempo a tiro *State and Maine*, la más interesante por su aderezo de sarcasmos e ironías, de David Mamet, sobre una actividad que tan bien conoce, el rodaje de una película. Y la más convencional de este lote, con tan pobre como enredoso lío argumental e inexplicables personajes, *Siempre a tu lado*,

dirigida por Tony Goldwyn.

En esas comedias, los personajes femeninos se presentan bien situados profesionalmente, en general. Son chicas jóvenes y bellas, por cierto; consideradas con respeto, liberadas de prejuicios y parecen gozar de generosos salarios en todas partes. Pero sólo en dos casos, de modo diverso al común de la especie cinematográfica, respecto al amor. Una se encuentra en la película de Robert Altman, *El Doctor T y las mujeres*, donde Helen Hunt (Bree) gobierna su propia vida, sin aguardar la decisión que un hombre tome por ella. Y, la otra, aún más explícitamente independiente de paternalismos varoniles, es la heroína de *Girlfight*, de Karyn Kusama, una directora que debuta con premio en el Festival de Sundance y que no se centra, aunque lo parece, en una exhibición de boxeo. Su finalidad es bien distinta: hace de su protagonista un ejemplo de mujer que se modela a sí misma, a plena conciencia. No decae su moral ante los inconvenientes con los que tropieza. No renuncia ni ante la dureza de las exigencias de la profesión en que se encuentra, como persona, a gusto y segura, y lleva los límites de la autodeterminación a la elección de una de las menos armonizables con la femineidad tradicional.

Cuestiones sociales en carne viva

CINE

Cuestiones sociales se abordan en *La ciudad está tranquila*. Después de la comedia *Al ataque*, el marsellés Robert Guédiguian apunta alto y directo a inquietudes sociales, económicas, y las describe con rotundidad y minuciosamente, evitando pesadez, pedantería, yendo al grano, con su equipo de actores habituales: Arian Asqueride, Jean Pierre Darrousin y Jacques Boudet. Una insuperable cadena de dificultades aplasta a pequeños industriales. Basta que un cliente rehúse pagar un factura importante para provocar una crisis financiera, porque a su proveedor le vence una letra o debe saldar una deuda de crédito con su banco, en fecha improrrogable. La angustia de muchas familias se oculta bajo la aparente tranquilidad de la ciudad.

Tampoco esconde problemas, mas bien al revés, el peruano Francisco Lombardi en *Tinta roja*, donde, situándose en Lima, se fija en las facetas más deprimentes, descarnadas y denigrantes del periodismo, profesión que ejerció, como también la conoce el novelista Fuguet, autor del libro del que Giovana Pollarolo ha adaptado el guión. Los tipos y la atmósfera de esta obra, cuyo protagonista, Gianfranco Brero, alcanza meritorio nivel, se pueden considerar lo más logrado de toda la carrera de Lombardi.

inesperado bombardeo japonés a la base estadounidense de ese nombre, en Hawai. Aquel ataque decidió la entrada de Estados Unidos en la II Guerra Mundial.

Después de este surtido tan heterogéneo, menú de dramas verdaderos y ficticios y entretenimientos de fin de semana, sólo queda una advertencia pendiente: prepárense para la película cumbre del verano. Llegará en forma de costosa superproducción y la más larga de 2001: *Pearl Harbour*. La proyección dura tres horas y es un producto para una conmemoración, pues este año se cumplen los sesenta del